

Nacido en Armenia en 1935, **Alberto Gutiérrez** es un caso insólito en el arte colombiano: después de una década de presencia activa y protagonismo en el país, “desapareció” del mapa nacional en razón de su viaje a Europa, de donde no regresaría sino 35 años después. Quienes conocimos su obra en los años 60 lo recordamos como uno de los “pioneros” del arte abstracto colombiano, al lado de su contemporáneo Carlos Rojas, ambos herederos, en cierta medida, de la gran revolución artística que renunció a concebir la pintura como representación del mundo exterior o copia modificada de la naturaleza.

El Gutiérrez joven, que había regresado de sus estudios en la Universidad de la Florida y la Art Students League de Nueva York, empezó a exponer en la Florida y la Art Students League de Nueva York, empezó a exponer en prestigiosas salas colombianas desde 1959, es decir, cuando el arte abstracto se desarrollaba en medio de la incompreensión general, excepto cuando Marta Traba, la siempre recordada crítica de arte colombo-argentina, daba la feroz pelea por abrirle camino a esta expresión decisiva del arte universal, nacida con el siglo.

“En los grandes cuadros de su exposición, Alberto Gutiérrez le da al color esa falta de peso y ese sostenido timbre lírico tan notable en la pintura italiana logrado a base de oposiciones y transparencias que tornan elástico y fluido el desarrollo de las formas”, escribió entonces Marta Traba. “El pintor se compromete en su generosa confesión, la trasplanta a la pintura sin temor alguno y ni el color ni la línea ni la composición endurecen la directa espontaneidad de ese traslado.”

En pocos años, Alberto Gutiérrez se convirtió en protagonista central del arte colombiano: sus exposiciones en Bogotá y Cali, en Copenhague y San Francisco, en Ibiza y Madrid, lo condujeron a una rápida consagración internacional. Se dobló la página histórica de los años 60 y Gutiérrez, viajero infatigable (Ibiza, Menorca, Madrid, Barcelona, países asiáticos), “salió” sin salir del escenario colombiano: era sólo un ausente trasterrado por sí mismo, pero referencia imprescindible en el momento de escribir la historia del arte colombiano contemporáneo.

El regreso de Alberto a Colombia, que coincide con el cambio de siglo, da una significación especial a esta exposición: nos devuelve a la larga trayectoria de un gran artista y nos recuerda que el arte abstracto, de donde Gutiérrez no ha salido sino para cultivar el informalismo lírico de su etapa ibicenca y menorquina, es la seña de identidad de su vida artística. En aquella etapa, Gutiérrez exploraba el

misterio del cosmos, como puede verse en **El libro de las estrellas**, donde se recogen sus obras de entonces. Cuarenta y cinco años creando no son poca cosa: es una vida de coherencia y metamorfosis formales.

Forma y color, ¿qué define mejor la naturaleza del arte puro, que como la poesía, es lo que queda después de haber suprimido lo que no era poesía?

Esta muestra es un exaltado tributo al color, esencia de la pintura por encima de las formas de representación. El sutil tránsito de un color a otro, el trabajo con gamas intermedias, la exaltación de la luz y la predilección por las transparencias, nos devuelven al gran artista de los años 60 y 70.

Alguna vez, al mirar sus nuevas obras en su estudio de Crespo, le recordé la obra de ese otro gran abstracto del siglo XX, Hans Hartung. Fue una simple asociación de ideas: traduje al español una monografía de Hartung escrita por Pierre Descharges (Ediciones la Polígrafa, Barcelona) y tuve el privilegio de conocer directamente la inmensa obra que ese gran alemán tenía en su estudio del sur de Francia. Recordé de inmediato algunos cuadros de Gutiérrez. Podría seguirlo, como lo hizo Marta Traba, con la obra de De Kooning, pero sería ocioso buscarle parentescos a un delicado, coherente trabajo pictórico que nace de la más radical tradición del siglo XX.

Los cuadros aquí expuestos no remiten a la innecesaria pregunta sobre su significado, el trivial ¿qué quieres decir? con que se responde al desconcierto visual del color convertido en único lenguaje de la pintura. Conducen mejor al mundo sensitivo, a la visión que suscitan sus modificaciones, a una especie de contemplación muda, a lo que Jean Starobinsky llamó “el silencio de la pintura”.

Una palabra podría definir la sensibilidad de Gutiérrez: sofisticación: es decir, el acto de despojar a la obra de todo lo innecesario y superfluo. La obra pictórica del artista tiene su única residencia en el color, como la tiene en artistas colombianos posteriores a Gutiérrez: Echeverry y Vellojin, por ejemplo como la tiene en Carlos Rojas, todos ellos grandes artistas. Si las esculturas de Edgar Negret y Ramirez Villamizar imponen sus formas en el espacio, la obra de Gutiérrez impone el color en ese mismo espacio, superficie plana que sólo tiene un límite convencional en la tela «enmarcada». De lo contrario, la pintura se prolongaría en el infinito.

Un artista transita caminos, da saltos adelante y regresa sobre sus pasos en un vaivén interminable. Es lo que ha hecho Gutiérrez, lo que podemos ver en esta espléndida exposición.